llegó á fijar la atención de Antistenes que al fin le recibió á sus lecciones.

El nuevo alumno se distinguió muy pronto por la severidad que seguía las máximas del maestro, severidad que luego llevó él hasta el exceso, dando ejemplo del más singular desprecio á las riquezas, á los placeres y á las costumbres y usos recibidos, diciendo á propósito de esto: «Soy como los maestros de capilla que esfuerzan el tono para que entren en él sus discípulos.»

Reducíase su traje y hacienda á una capa ó más bien á un manto largo para abrigarse de noche y unas alforgas para guardar en ellas las provisiones de limosna que le daban los pasajeros y los libros que continuamente leía. No tenía habitación fija, ó por mejor decir, carecía de habitación y se acostaba en cualquier paraje en donde le cogiese la noche. Algunas veces le veían parado en medio de las plazas públicas delante de las estatuas en ademán de hablarlas, y cuando le preguntaban que hacía allí, contestaba que los pedía limosna, para acostumbrarse de esta suerte á oír negativas. En una ocasión luchaba para entrar en un teatro cuando salía la concurrencia por haberse concluido la función, y preguntado porque hacía lo contrario de todo el mundo? respondió: «Esto mismo es lo que hago diariamente». La esfera de sus especulaciones estaba limitada á la moral, y todo lo que no perteneciese en ella, era en su concepto vano y pueril, por eso se burlaba de los demás filósofos con sarcástica mordacidad y frecuentemente con razón, puesto que las bases y principios de la moral son fijas y eternas, al paso que las de la ciencia humana están sujetas á mil variaciones. Platón había definido al hombre llamándole animal bípedo ó implu-